

**HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA POR LOS AFECTADOS
POR LA PANDEMIA DEL COVID-19
S.A.I. Catedral de Astorga**

La primera lectura nos ha presentado la sorprendente petición que el rey Salomón dirige al Cielo: <<Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien...>>. El propio Dios se sorprende, puesto que podía haberle suplicado larga vida, riquezas, o la muerte de los enemigos. También le habría podido pedir una sabiduría de las cosas, pero no, le ha pedido una sabiduría ética capaz de permitirle diferenciar el bien del mal para beneficio de su pueblo.

Los deseos de la salud, del dinero y del amor, como se ve, son antiguos. Los tres son valores deseables pero sobre los cuales el sabio Salomón sitúa la capacidad de discernir el bien del mal. Este discernimiento es un valor muy importante en el contexto de una cultura relativista como la presente, en la que parecen valer lo mismo unos valores que otros, y en medio de una estructura consumista plagada de multitud de ofertas que pugnan por ganar las mentes y los corazones de los consumidores. El Papa Francisco pone de relieve esta necesidad: <<Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en *marionetas* a merced de las tendencias del momento>> (GE 167).

Por otra parte, el evangelio nos presenta a Jesús hablando a la gente del Reino de los cielos. Lo hace comparándolo con un tesoro escondido en el campo. Aquel que lo encuentra lo esconde de nuevo, vende lo que tiene y lo compra. Lo compara también con una perla preciosa que lleva al que la encuentra a hacer lo mismo. Finalmente, lo pone en paralelo con una red que se echa en el mar para coger peces. Después que se llena, se escogen los buenos y se descartan los que no valen.

El Reino de Dios no es una situación, sino un acontecimiento. Las dos primeras comparaciones aluden al momento inicial en el que el ser humano busca algo valioso que dé sentido a su vida. Este valor supremo, esta perla preciosa que el hombre busca incansablemente es Dios. Lo decía admirablemente Santa Teresa: <<Quien a Dios tiene, nada le falta>>. Y también San Agustín: <<Estamos hechos para Dios y sólo en él podemos hallar el descanso y la felicidad>>. La tercera comparación se refiere al final del Reino, al momento del juicio en que Dios separa a los malos de los buenos y rescata a estos.

En la búsqueda del tesoro escondido, en la búsqueda de la perla preciosa, en la búsqueda de Dios, en la búsqueda del sentido, muchos se equivocan por carecer de la sabiduría que viene de lo alto. Salomón, lejos de considerar al pueblo como propiedad suya, libre de los afanes del poder, recibió de Dios una sabiduría que le permitía ser fiel a Dios y servir con generosidad a su pueblo. Y es que, aún siendo Dios la perla preciosa, ese tesoro escondido habita en los hermanos; en consecuencia, sólo buscando su bien podremos encontrarle. Sólo aciertan en su búsqueda aquellos que piensan en los demás y salen en su ayuda, no aquellos que buscan el cielo creando un infierno para los otros. El verdadero sentido está en el amor a Dios y a los hermanos. Por eso, el verdadero sabio es aquel que pone al otro por encima de los

intereses personales. Así lo hizo aquel hombre de Dios que, como cuenta una parábola, cuando se acercó un mendigo a pedirle ayuda le dio un diamante. El agraciado no pegó ojo en toda la noche y, al día siguiente, se fue hasta el hombre de Dios y le dijo: <<Por favor, dame la riqueza que te permitió desprenderte con tanta facilidad de este diamante>>. Sí, el verdadero sabio es aquel que pone al otro por encima de los intereses personales.

¡Qué bien han mostrado sabiduría y generosidad tantos y tantos profesionales de la sanidad que han arriesgado e incluso entregado su vida para salvar la de los enfermos del Covid-19! ¡Los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado! ¡Los padres y madres de familia que han hecho de su casa un colegio e incluso una iglesia! ¡Los miles y miles de voluntarios de Cáritas y de otras organizaciones de acción caritativa y social! ¡Los consagrados y los sacerdotes que se han reinventado para atender a los fieles y, en general, a los enfermos, a las personas mayores y a los necesitados! ¡Cuánta sabiduría! ¡Cuánta generosidad!

En esta Jornada dedicada a recordar a los afectados por la pandemia que estamos padeciendo, demos gracias a Dios por todas estas instituciones, por todas estas personas, al tiempo que le pedimos que les siga dando luz, fuerza y generosidad, pues tiempos difíciles nos esperan.

Recordamos de un modo especial a los mayores que habitan en nuestras residencias y que han estado sometidos a un doble confinamiento respecto al exterior e incluso con relación a los propios compañeros. Sometidos a una fuerte presión sanitaria y asistencial, no siempre han sido justamente tratados y reconocidos en su labor. Hoy queremos manifestarles nuestra cercanía, apoyo y oración.

Elevamos así mismo nuestras súplicas al Padre de la misericordia por todos aquellos que han perdido la vida a causa de esta pandemia. Muchos lo han hecho alejados de sus seres más queridos, contando, eso sí, con la cercanía del personal sanitario y de los capellanes del hospital.

Finalmente, siguiendo el ejemplo de Salomón, pedimos al Señor nos dé sabiduría para encontrarle en la eucaristía, en la que se nos ofrece como la perla más preciosa, y también para descubrirle en los hermanos. Le rogamos así mismo nos dé la generosidad suficiente para vivir la comunión y para entregarnos fraternalmente ante la crisis social y económica provocada por la pandemia y el confinamiento. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga
(26 de julio del 2020)